



**Ricardo Güiraldes**

## **De un epistolario**

Carta a Valery Larbaud

Julio de 1926.

Mi queridísimo Valerio:

Junto con ésta recibirá usted un ejemplar de Don Segundo Sombra; otro de lujo irá luego. ¡Cómo voy a estirar los brazos, en un formidable desperezo, cuando concluya de despachar mi libro!

Tengo, sin embargo, que pasar antes un mal rato: el mal rato que da verse manoseado en público por la crítica. Espero que mis enemigos, que lo son sin motivo, me gratifiquen con sus habituales rebuznos de hostilidad. Por de pronto, dada la forma en que está escrito Don Segundo, cuento que se sirvan de él para comentarme protectoramente, señalando una deserción de mi estilo habitual y tal vez felicitándome por una entrada en razón. Allá ellos con su mala voluntad.

Entre nosotros, la terminación de mi libro me ha

————— 182 —————

costado disgustos. Encerrado en un personaje que no me permitía volcarme en él sino con mucha prudencia, me he visto refrenado en mis deseos de perfeccionar la expresión y he tenido que dejar muchas cosas como estaban,

indigestándome con todas las posibilidades de reforma que se me quedaban dentro. Hubiera rehecho cada capítulo, pero he querido conservarles el tono del personaje que escribe. Usted dirá si hice bien.

Usted verá que el primer gaucho que ayuda al pequeño Cáceres en la vida, que de instinto presiente suya, es un tocayo de usted. No sin intención sucede esto, como tampoco es mera coincidencia que el apellido Lares lleve la inicial de Larbaud. Con gran cariño lo he hecho y con igual egoísmo se lo hago notar.

Don Segundo, entre otras intenciones, tiene la de reclamar para mí el título de discípulo literario del gaucho. Sé que influencias he sufrido de parte de escritores que quiero, y no las niego, pero deseaba hacer esta pequeña justicia. En mí han podido más, por ser primeros y cercanos, los relatos y diálogos que he oído de chico y con imborrable emoción, que las ampliaciones intelectuales y sobre todo de expresión que estas emociones han sufrido con mi cultura. No me explico bien. Hay una semilla

————— 183 —————

primera y, si en su desarrollo intervienen fuerzas exteriores, el principio vital del arbolito es el mismo de la semilla.

Del hablar de don Segundo, no de sus relatos que aceptan una forma convencional, surgen ciertas características en que basar todo un programa literario. Don Segundo es parco en palabras; las deja caer en el tono más opuesto a la declamación que sea posible; le gusta y emplea la metáfora con precisión como todo gaucho; la broma es uno de sus modos más habituales. ¿Seguiré enumerando? No es necesario.

En Cuentos de Muerte y de Sangre traté de plegar mi estilo a las virtudes del hablar gaucho que me parecían esenciales. Así traté de forzar la síntesis, hasta conseguir violencia. De haberme puesto entonces el título de un ismo me hubiese llamado esencialista. Siéndome habitual fijar en tarjetas mis propósitos, como para que no se me escaparan, apunté: «Quisiera que mi prosa fuera extractada, brava, fuerte; lo que más me gusta de la mano es su capacidad de convertirse en puño».

Mi último libro no ha querido ser así. Me basta, al final, señalar las virtudes literarias que el pequeño Cáceres halla en la palabra de don Segundo. En el texto,

————— 184 —————

he dejado que el tono sea el de un simple relato sin propósito de especialización. De ahí mis últimos sinsabores.

¿Para qué hablar más?

Le mando el libro con todo cariño, pues es usted una de las personas para quien escribo. Esto no quiere decir que deba encontrarlo bueno. En sus manos adquirirá el valor de libro leído y dejo lo demás en poder del destino como tan tranquilamente lo hace don Segundo.

Pronto le escribiré, ya libre de esta obsesión.

Va un grande abrazo, un abrazo pampeano, de su amigo

Ricardo.

Carta a Valery Larbaud

Enero 13 de 1927.

Caro Valerio:

Llueve y estoy solo. Estar solo es estar con usted y conversar. A veces no escribo: mera haraganería. ¡Qué distinto ha sido todo a lo que imaginaba yo en mi última

————— 185 —————

carta! Ya está. No sé cómo puede llamarse esto, pues nunca le puse nombre por lo inesperado. Me palmean todos los días. No veo sino sonrisas que están tan conmigo que son casi yo mismo. Don Segundo lo hemos escrito todos. Estaba en nosotros y nos alegramos que exista en letra impresa. No hay más que congratulaciones por este estado de cosas, y estoy, ¿cómo he de estar?, contento y un poco como dormido en esta simpatía ambiente tres veces rara en la breve historia de mis libros. De los palos esperados, ninguno ha caído. ¿Qué es todo esto? Cualquier cosa hubiera esperado yo de la vida, menos un asentimiento general por una obra mía.

¿Sabe que una vez por todas me voy hacia ustedes? Me embarco en el Massilia el 15 de marzo. Casita armónica de la librería de Adrienne y su grande amistad, querido gran hombre, y las calles de nuestra capital... me conmueve pensarlo. Llegaré siempre como mi viejo Archibaldo, con nuevos lirismos y nuevas esperanzas y todo un campo de posibilidades indefinidas ante el alma... esta alma que va ocupando cada vez más lugar..., y pienso en las rutas de la dulce Francia y en los pequeños restaurantes y la forma especial de las veredas de París y en el olor de tal barrio y en esa inteligencia que parece

————— 186 —————

estar en todas las cosas de la ciudad, millones de veces pensada por los que pasaron antes de nosotros. Me voy a perder allí entre todos, yo que viví estos años tan a lo perro de France, creyéndome centro de lo que sucede. ¡Qué bien!

Pensamos centrarnos en las afueras de París, en un sitio de baratura y holgura, donde pueda escribir mis nuevas palabras e hilvanar mi vida interior, un poco sorprendida de haberse ido hacia otro.

He estado lejos de ustedes. La obra obliga a cierto egoísmo y nos empequeñece en cuanto a la relación con las cosas del mundo.

Le escribo como una parturienta recién aliviada, ¿verdad? Es que en el momento de haberme decidido a partir estoy más con mi mano en la de

ustedes. ¿Han crecido desde que no los veo?, preguntaría a lo Laforgue. Y todos los rostros de ustedes están aquí, al lado mío. Cuando no llueva y esté menos dormido por este estado de ausencia que provoca mi idea de partida, le escribiré más razonablemente. Lo abraza muy abrazadamente,  
Ricardo.

————— 187 —————

A Jules Supervielle

Buenos Aires, enero 15 de 1927.

Querido amigo:

Su carta es para mí causa de placer y remordimiento. Nada le he escrito sobre su extraordinario libro de versos, y usted demasiado bueno me habla ya de don Segundo. Alguna mala sugestión de pereza debe ser la que a uno le tira de la mano, cada vez que ésta se decide a escribir lo pensado, lo sentido.

He marcado muchos versos, muchas metáforas, con intención de hablarle largo, no sólo de la impresión total que recibo al leer sus cosas, sino las que experimento por partes, a lo largo del camino lírico, cuando mi sentir se detiene como los ojos, ante un detalle del paisaje que el tren nos va quitando. Hélas! ¡No lo he hecho esperando desembarullar un poco mi vida interior!

Digo su extraordinario libro, porque a la verdad me siento fuera de normalidades en el mundo de sus sugestiones. Me costará expresarme. Una calidad de acuario (pienso en el fantástico acuario de Laforgue) me hace vivir de un modo turbio lleno de cosas primarias e intensas,

————— 188 —————

cuando entro en su interior. Es algo como si el transparente párpado de los batracios cayera sobre mis pupilas y entrara a ver singularmente abultados, diluidos, los objetos antes demasiado nítidos y desprovistos de significación. ¿Me permite usted decirle que floto en un ambiente astral entendiendo esta palabra al modo científico y teosófico a la vez? El fresco que siento en los ojos se me adentra en el alma y voy a la deriva de un gran movimiento-órbita, perdido, por falta de un sol central, maravillosamente dislocado en un ensueño. Pienso continuamente en este movimiento vasto, imprimido tal vez por una mano de idealismo y de dolor, pero desprendido de ella en misteriosa autonomía. Poesía de extrañas relaciones en la metáfora y el hilamiento de las ideas y los hechos, la

suya tiene la grandeza inexplicada pero intuita de las leyes cósmicas. Las ideas pasan casi perceptibles, pero tiradas au large por un ademán de corriente submarina o de viento en alturas perdidas. No diré que no se sufra de migrar así, siempre con tal ímpetu de continua partida, pero ¡qué maravilloso país! Una inquietud de elemento juega con nosotros, en esa desesperante busca de algo que parecería no querer definirse y, como ante el ritmo rico, sonoro, profundo del mar, permanecemos con nuestra comprensión en silencio,

————— 189 —————

ineptos para desenmadejar pensamientos captados más bien por el deseo de una incomprensión llena de intenciones sin desear más que quedarse ahí. Esta sensación opresora al tiempo que vasta, me viene tal vez de que en su poesía, como en ninguna otra, me siento en presencia de una inteligencia humana maravillosamente desnudada de preceptos limitadores. Usted no está por encima sino por debajo de sus propias sugerencias, de modo que sentimos que toda irrupción en la belleza está en actitud de rezo. Y rezamos con usted.

Su esfuerzo es una mano tendida hacia la perfección de la poesía total y consigue todo lo que podemos conseguir desde nuestra limitación: acariciar con una enorme tensión de nuestros nervios pequeños algo que nos eleva y nos hace pensar que aquello está allí muy cerca de la intención del gesto. Yo entiendo cada vez más la poesía así. Su perfección nos sorbe como una lámpara de estancia a los pequeños cascarudos apenas provistos de alas, y, o damos vueltas sobre el mantel en un vértigo de vida como usted lo hace, o tocamos lo intocable, y cosa lógica, nos anulamos en muerte por habernos sobrado a nosotros mismos.

Aunque admiro mucho a Paul Valery, no acepto su

————— 190 —————

pretensión de captar lo perfecto. ¿Qué sería si por un imposible lográramos nuestro intento? Habríamos reducido lo más grande al poder de nuestras manos, y dueñas del secreto, lloraríamos sobre su pequeñez humana. Pero esto de Valery sería muy largo. No puedo vivir en lo seco y rectilíneo. Necesito la vaguedad de lo curvo y un poco indeciso que rige todo cuanto estamos acostumbrados a ver del mundo.

Se me antoja un planeta perdido en línea recta por el espacio. ¿Adónde iría? A ninguna parte. Para estar en alguna parte, hay que amar algo y el amor no está en la total posesión del objeto (sobrevendría asimilación del objeto o desaparición en el objeto), sino en la conservación de una distancia que nos haga el objeto siempre necesario (pasionalmente) y nunca poseído.

Si la poesía fuera simplemente un invento humano, nos convendría empujarlo siempre a lo que entendemos por más arriba nuestro para intentar alcanzarlo. Si es percepción de lo superior considerado como perfecto, lo que equivale a decir real por excelencia, no digo ni necesito decir nada.

Tengo un sentido religioso, metafísico de la poesía. La considero nuestro camino y como tal no miro para el lado

————— 191 —————

de mis talones. Por algo ha puesto Dios mis pies en el sentido de mi mirada. ¿No soy pampa?

Y esta pequeña digresión, sólo para decirle cuánto me capta, me extravía y me eleva su poesía en que el paisaje mental está siempre más allá de la palabra que leemos con tanto beneficio.

Querido amigo: me voy si Dios quiere a París el 15 de marzo. ¡Qué cerca estamos ya!

Con mis mejores saludos a Madame Supervielle, lo abraza su viejo  
Ricardo Güiraldes.

De un epistolario

Ricardo Güiraldes

Todos los que hacen esta revista fueron amigos de Ricardo Güiraldes.

Todos sabemos que él hubiera estado hoy aquí.

Sur se honra al reproducir algunas de sus cartas -elegidas expresamente por Adelina del Carril- que forman parte de un epistolario inédito.

En el próximo número publicaremos tres nuevas cartas.

Carta a Victoria Ocampo

Agosto 1917

Samedi soir.

Un chico cualquiera ha tenido una mala sorpresa, ha recibido un disgusto o sufre una decepción inmerecida. Mejor dejarlo, pues una palabra emocionada de nuestra parte, dándole a entender un sentimiento hermano, hará que el chico, creyéndose con derecho a una sobrehumana congoja, ponga a nuestro cargo la tarea de consuelo.

Usted me ha dicho, con un gesto de blando acobardamiento en los hombros, que Raicho era muy triste y yo

————— 102 —————

me he sentido sauce, durante cinco días, llorando mis hojas sobre el cauce de un río seco, hélas! nada, del agua que esperaba en mis raíces sentimentales para enorgullecer el ascenso de mis ramas, ha venido y confiese que es poco humano decir al chico la palabra fraternal para luego mezquinarle los brazos.

Dimanche a. m.

He recibido su carta esta mañana, Victoria, con esto quedaría todo dicho, si no fuera la necesidad por mi parte de decirle algo.

Qué error hace usted en decir que no está presente en la conversación.

Puede ser que diga bien en cuanto a la palabra, pero usted tiene des yeux comme on a du talent sin contar lo demás y le garanto que yo he sentido esa presencia al grado de sentirme le petit enfant consolable.

Yo no había pensado nunca que Raicho fuera triste. Mi orgullo de gaucho siempre me dijo que el macho no llora y desde mi punto de vista del dolor, Raicho no es nada, pues ignora la angustia de luchas más complejas,

————— 103 —————

sólo aptas a disecarle a uno los nervios en esfuerzos inútiles.

Pero está el papel, se acuesta una frase en la blandura frígida de una página, sintiendo fuerte, y más tarde otra cara, a la misma distancia, cerebra a la inversa los mismos sentimientos y es lo que fue uno, ¿no es ya una maravilla?

Así su carta ha sido para mí, cinco hojas de block empaquetando un poco de alma... de alma unísona y grande que me ha hecho comprender cómo se puede escribir para otros. Yo sólo lo había hecho para mí como un placer, contento ya de hacerlo después de escrita mi juventud en el vacío.

Cuando yo tenía la ingenuidad, aún no mezquinizada por el trabajo, de desenterrar almas por las páginas muertas, me iba a la librería como a un templo, compraba un volumen (un par de alas), y volvía a casa, donde, en la cama, me dejaba volar en todos los ritmos de pasiones y formas. Era un lector fácil y la mínima luciérnaga me era estrella a la cual remontarme. Después dormía, con mi libro entre brazos, soñando que si algún día me era dado ser para otra persona lo que el autor era

————— 104 —————

para mí, colmaría todas mis más cariñosas aspiraciones. Ser alma en un libro e irse así, hacia otra, me parecía más que todas las materialidades.

Evóqueme así, idealista y crédulo, y verá que aquel yo, más fervoroso y puro que el presente, sentía como su más alto destino y gloria besar sus buenas y queridas, manos que han sabido poner en mi frente el lauro de una espiritual caricia.

Ricardo.

Imagine, en lo que de esta página queda en blanco, todas las palabras de

afectuosa gratitud.  
Vale mucho.

A Valery Larbaud

Buenos Aires, 8-VI-1921.

Mi querido Valerio:

He faltado a mi promesa de volver a París para el mes de junio. Llegado el momento de embarcarme (con pasajes tomados) me amilané ante la idea de volver a vivir en trenes, trasatlánticos y ciudades. No sé si me estoy lastrando de años o si es un sentimiento pasajero pero me parecía que me arrancaba a una tranquilidad necesaria. En lugar de cruzar el charco, emprendo viaje al interior de mi tierra a fin de mes y allá veremos si he tenido razón de hacerlo así.

Lo que más siento en verdad es no verlo a usted y privarme de los buenos ratos de su conversación. Es lamentable no poder dejar una rama de vida en los lugares en que vive gente que uno quiere.

El motivo principal de mi permanencia aquí es la necesidad de ponerme en contacto con las cosas que pueden servir de base a mi obra literaria. Me parece que hay tanto por decir en este país, que me desespera no ser un hombre orquesta, capaz de desentrañar el aspecto poético,

filosófico, musical y pictórico de una raza inexpresada. No pretendo por esto ser capaz de hacerlo; hablo sólo de una tentación.

En Europa el problema está en ver las cosas bajo el prisma de un temperamento interesante. Muchos se torturan en buscar una forma de arte novedosa. Aquí todo el secreto estaría en apartarse de normas ajenas y dejar que los sujetos mismos fueran creando en uno la forma adecuada de expresarlos. ¡Y pensar que en cada una de las formas del arte hay un alma que está esperando su palabra! En los yaravíes y los estilos está la rudimentaria expresión de la montaña y la pampa.

En tejidos, ponchos y huacos está el criterio interpretativo de la forma y el color.

En el lenguaje pulcro y malicioso del gaucho el embrión de una literatura viva y compleja. Todo estaría en ser capaz de llevar estas enseñanzas a una forma natural y noble.

Lo desesperante es que no puedo llamar a nadie en mi ayuda y me paso a veces días y días con los brazos abiertos, temiendo tomar estos tesoros



con manos de dilapidador.  
Los horizontes que se me abren a cada paso harán

————— 107 —————

que siempre esté como un pobre empampado, buscando el rumbo con la ilusión de verlo en todas direcciones. Por suerte otros vendrán que crucen sin titubear el páramo en que me habré perdido sin dejar más que el mojón de mi esqueleto, que en este caso es mi esfuerzo. Si sirve de guía ya no será tan inútil mi inquietud.

¿Ve usted cómo estoy divagando y cómo echo sobre mis hombros cargas demasiado pesadas?

El imposible puede en el fondo ser base de una religión bastante aceptable, y si uno, en su persecución, va dejando alguna huella...

Todo esto no es sino para explicarle el retardo de mi viaje a Europa. Tal vez no gane nada con ello sino postergar una fecha de placer... Como usted todo lo entiende desentrañará de estas líneas mi sentir.

Le mando La Nación con mi traducción de Dolly. Temo haber hecho una cosa muy inferior al original. La ilustración es lamentable y no expresa en absoluto el alma de nuestra heroína. Málaga Grenet es el dibujante del suplemento literario de La Nación y yo nada puedo contra eso.

Le enviaré también otro número del mismo suplemento en que han salido unas cosas mías. Como usted verá

————— 108 —————

hay dos errores gordos. Uno de ellos se debe a alguien que me ha corregido, pareciéndole mejor poner sale donde dice nace. Estoy seguro que usted no está de acuerdo con esa lección que me da algún «cagatinta». Salude con toda mi simpatía a Fargue y Monnier. Para usted un abrazo de su

Ricardo

A su madre

Salta, julio 22 de 1921.

Mi querida viejita:

Estamos en Salta desde antes de ayer, después de un viaje bastante penoso, pues llegamos a las dos de la mañana, con cinco horas de atraso.

Esto es muy lindo y Adelina está encantada. Hasta ahora hemos tenido la suerte de no tener más frío que en Tucumán y como poseemos un buen calentador de kerosene el cuarto está siempre agradable.

Ayer por la tarde, una vez satisfecha nuestra hambre y descansada nuestra fatiga, salimos a dar una vuelta en automóvil. Dimos ángulos rectos por muchas esquinas, fuimos al Banco a sacar unos pesos y salimos a tomar sol por el camino a San Lorenzo, que es un caserío situado en la falda de unos cerros a unos cuarenta minutos del centro. Allá sabía yo que tenía su casa Juan Carlos Dávalos, pero me había decepcionado un tanto el saber que éste vivía momentáneamente en Salta por tener a su mujer enferma. Cruzamos el antiguo campo de batalla. El campo está amarillento y las llanuras y lomas del valle cantan en claro dentro del límite azul brumoso de los cerros que los circundan, como un paño a un reñidero de tierra arenosa. Íbamos haciendo montaña rusa por las lomas mondas; atrás centro del valle, núcleo de los campos, clareaba el caserío de la ciudad e hincaban sus campanarios. A la vera del camino serpentino como un arroyo, algunos espinillos y arbustos achaparrados esperan desnudos la primavera. El aire es claro y sutil. Algunos hombres y mujeres montados en mulas, cubiertos de ponchos coloreados, nos cruzan y saludan. De pronto no sé por qué...

Tal vez el chambergo aludo entrevisto en alguna fotografía, tal vez la silueta alta y fuerte, tal vez un simple aviso del instinto, nos hace reconocer en un jinete a Juan Carlos Dávalos. Adelina me lo dice y nuestro conductor que conoce a todo el mundo nos afirma en nuestro palpito. A todo esto, hemos pasado de largo y el hombre ha quedado unos metros atrás sufriendo el insulto de la polvareda, que le echamos encima, en saludo poco cortés.

Me bajo para acercarme de a pie. Dávalos monta un caballo zaino obscuro grande, enjaezado a la moda salteña. Bajo su gran chambergo la cara conserva su tranquilidad impasible y con calma curiosa contesta a mi saludo.

-Debí traer unas cartas de presentación para usted -le digo-. Bermúdez me escribió hace poco diciéndome que si pasaba por aquí viniera a verlo en su nombre. Soy colega suyo... Güiraldes.

-¿Güiraldes?

-Sí, señor.

A su expresión curiosa sucede una sonrisa franca y simpática.

-Usted es un gran gaucho -me dice dándome la mano.

Y nuestra amistad queda pactada. Me habla de su próxima conferencia en el Jockey, me dice sus tribulaciones e inquietudes; quiere preguntarme

detalles sobre el público. Y me da una cita para la mañana siguiente en su casa, a fin de que charlemos.

La casa de Dávalos está sobre un cerro de la falda, dominando el valle. Es una construcción de tipo antiguo, levemente modificado. Una pequeña acequia crea el silencio.

El poeta salteño se ha construido un cuarto de trabajo, amplio como un taller de pintor. El sol entra por las ventanas grandes, plasmando al azar cuadrados de calor sobre el piso, la mesa de trabajo, las paredes blanqueadas a la cal o la encuadernación de algún libro viejo.

Después de mis explicaciones sobre el local en que va a dar su conferencia, quiere saber qué rostro tiene el público. Satisfecha su curiosidad, saca unas cuartillas de entre las muchas escritas que se entremezclan tapizando la mesa, y dice que va a leerme la introducción de su trabajo, para luego explicarme su trazado general.

Tiene una voz viril y suave con esa entonación especial

————— 112 —————

de los salteños que alarga los párrafos como una plancha quita arrugas.

Ustedes oirán esta lectura. Sólo puedo decirles que mientras leía, sus palabras iban despertando un eco de emoción muy íntima en mí.

Las horas se fueron; cayó la noche; Adelina, que había quedado tomando sol por los cerros, vino como un resultado natural del momento que empujaba las cosas hacia la intimidad y hasta tarde seguimos nuestra plática, oyendo los versos que parecían sonar en la boca de Dávalos como un eco de los cerros mismos. Pachamama, la madre tierra, respiraba en poesía la sugestividad de su hora crepuscular.

Volviendo hacia Salta, trazábamos en la noche la pasajera parábola de una inicial escrita en el agua.

Nada más. La suite au prochain numéro.

Un cariñoso abrazo del hijo

Ricardo.

————— 113 —————

A Valery Larbaud

La Porteña, octubre 22 de 1921.

Mi querido y grande amigo:

¡Qué trabajo resulta al fin esto de tener que adaptarse a ambientes nuevos, sin más intervalos que dos o tres meses! Cuando estoy hecho a París, me vengo a la Argentina; cuando me estaba aclimatando en Salta,

vuelvo a la estancia... Mi pobre cabeza resulta un aparato fotográfico que nunca está enfocado.  
Martín Fierro dice:

Vaca que cambia de querencia  
Se atrasa en la parición.

No solamente me atraso sino que no llego nunca a parir. Lo digo para que no me rete por mi manía de tocar y retocar mis obras, hasta hacerlas a un lado por aburrimiento.  
Xaimaca está casi pronta y Don Segundo Sombra va a entrar en período de actividad. ¿Por qué me empacho de todo trabajo que a su principio fue un placer?

————— 114 —————

La explicación debe estar en mi vida ambulatoria. ¿Cómo continuar en unidad de espíritu (cosa necesaria para la coherencia de una obra) cuando todo cambia alrededor?

Concluiré, me parece, por no hacer sino poemas breves, para no andar arrastrando mi literatura como una preñez sin solución.

Me dice usted que trabaja un poco. ¿En qué? ¿Cuál es la obra a editarse este año? Le hago notar, mi querido amigo, que usted es demasiado parco en explicaciones de este género. ¿Su conferencia sobre Nuestros autores está vertida al francés?

¡Cuánto me satisface su impresión sobre Dolly! Yo también hubiera dado con gusto una conferencia (íntima) para desahogarme hablando de los simbolistas, de ustedes... Más que Rimbaud y Mallarmé, para los cuales existen ya comentarios mejores que los que yo pudiera hacer, me hubiera dedicado a mi Laforgue, a Tristán Corbière, Isidore Ducasse. Luego hubiera sacado de ellos consecuencias americanas: Herrera y Reissig, Lugones. Después hubiese deseado no ser incomprensivo ante ustedes tratando de Larbaud, Fargue, Romain, Saint-Léger Leger.

————— 115 —————

Pero, ¡oh sueños de oro! ¿Quién me habría invitado a hacerlo?

Le escribo desde la cama acompañado por Levet y la última publicación que de Jules Laforgue hace La Connaissance.

Afuera hay una primavera agria y húmeda. Las lluvias han venido demasiado tarde y las plantas rabian en jugo mayor. Es una diarrea por hartazgo. Las vacas mueren empastadas. Sus cadáveres de panza hinchada son pequeñas

cúpulas de carne en quiebra. El dueño se lamenta en pesos moneda nacional.

Nuestra estadía en Salta ha sido una gloria. El poeta Dávalos ha ganado mucho en mi estima literaria, tanto es así que sus cosas, ahora identificadas con los lugares y tipos que describe, me resultan casi palpables (como las llaves o portamonedas que nuestras manos encuentran todos los días en el bolsillo). ¿Le he mandado algo de Dávalos? ¡Viera lo que es la estancia del Rey en la frontera de Salta y Jujuy! Un valle de unas setenta mil hectáreas con cerros altos, llanos, ríos, bosques, vacas, tigres, antas, corzuelas, loros, buitres, tábanos, sachamonos, tastás, osos meleros, gauchos, lazos, guardamontes y otras

————— 116 —————

mil cosas diversas, sin contar el cielo que es de todos, según Jules Laforgue.

Hemos pasado doce días, de los cuales tres en las selvas del cerro, durmiendo en nuestros recados, al amparo del fuego que defiende del frío y de los bichos (jaguares).

La ciudad de Salta es de una tranquilidad indecible. En ninguna otra parte del mundo he vivido más al margen del tiempo.

¡Qué maravilla el reñidero de gallos, al que iba todos los domingos!

Usted tiene que venir, Larbaud, para que hagamos un viaje juntos.

Dormiremos al claro de luna en un lugar que se llama El Socondo, nos bañaremos en el Arroyo de las Doncellas, viajaremos por el valle de Humahuaca, cruzando pueblos que se llaman Tilcara o Purmamarca, iremos por las punas a San Antonio de los Cobres o Abra Blanca. Cruzaremos caravanas de burros cargados de sal, compraremos algún cuerito de chinchilla o negociaremos un lote de vicuñas, y si usted lo quiere, se hará regalar alguna preciosa chinita de catorce abriles, tímida como una corzuela, de quien tendrá los huesos menudos y dócil

————— 117 —————

como los gatos de San Juan, de quienes tendrá los ojos sesgados.

¡Y qué bien pondría usted su grande alma de poeta a los pies de esa carne simple!

He traído de mi viaje un hermosísimo quillango de vicuña, un lujoso par de espuelas de plata cincelada, a la manera de los antiguos plateros de Potosí, y me está haciendo un par de lazos el gaucho Isea, rubio como un Cristo, barbudo como un Moisés, que sabe muchos cuentos de Pedro Urdimales, de Magia Negra y Magia Blanca y del tiempo en que los animales hablaban.

Mi querido Larbaud, hágase presentar por Adán Diehl al poeta Zapata Quesada. Es un buen amigo mío y sus versos tienen un empaque y una audacia de lo más simpático, y a fe que suenan las estrofas como un acero curiosamente labrado. Yo lo quiero y estimo mucho. No sé en verdad por qué mi estupidez no le ha hablado antes de ese talento.

Muchos recuerdos a Fargue, Monnier, Beach and Company. Estoy harto de mí y privado de ustedes.  
Lo abraza a la criolla su amigo  
Ricardo Güiraldes.

Revista Sur, 1931, Argentina

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

